

ESPACIO ENTRE EL SILENCIO:

PAUL VALERY

Es tarde y se hace noche.

Aprovecho la claridad de este otoño confundido que nos conducirá a la lluvia y, en estas horas recogidas y solitarias libero del rincón de mi cuarto "El Cementerio Marino" de Paul Valery.

Por un momento la vacilación me envuelve pero se resuelve, no sé muy bien si en atrevimiento.

Paul Valery: el gran recreador de la palabra, el que se apoya en ella para elevar el universo del hombre a la cima del pensamiento divino, en quien la idea -en su juego de arquitectura simbólica- no es tanto una sifonia viva como el ascenso a través del interior, donde alcanza, en dolorosa exploración, la respuesta a nuestro propio existir.

El poeta acusado injustamente de oscuro, el que hizo realidad efectiva el dicho de Mallarmé: "El poetizar dice, pero no se comprende". El "Picasso de la poesía" y una de sus obras poéticas más representativas, "El Cementerio Marino" -prototipo de la "poesía pura" y parte de "Cármenes"- es hoy la base que me invita al ensayo y la aventura.

Y ahora, una vez ordenada mi imaginación, sorprendo, entre marinos y pescadores y soñada piratería, Séte: "Ese techo, tranquilo de palomas, / palpita entre los pinos y las tumbas", con el empuje de unas primeras imágenes que nos conducen por el camino de nuestra fantasía. Séte, en el Mediterráneo francés: "El Mediodía justo en él enciende/ el mar, sin cesar empezando..." donde, apenas acogidos nuestros pensamientos, el deseo de la paz que nos devuelve deviene conciencia propia del ser: "Recompensa después de un pensamiento/ mirar por fin la calma de los dioses."

Pero el alcance de los imposibles -arriba supremo- necesita una única condición previa: "Oh, mi silencio! En el alma edificio, / más cima de oro con mil tejas, Techo" en donde la eternidad que nos anima humana-divina no sea opuesta sino coincidente: "Como mi ofrenda suprema a los dioses/ el centelleo tan sereno siempre/ en la altitud soberano desdén", por encima del tiempo, el tiempo añadido, que se nos presenta poco seductor y reducido: "¡Templo del tiempo, que un suspiro cifra!"

Nosotros, cada uno de nosotros, no nos satisfacemos con ser solamente en este presente vivo donde el dolor nos cerca, si no que nuestro mundo inútil nos lleva a insistir en un espacio y en un tiempo pleno: "Mirame a mí, que cambio, bello cielo. / Después de tanto orgullo y tan extraña/ ociosidad, más llena de potencia..." y rodeamos, a través del propio dolor, las montañas del pensamiento, acallando nuestra conciencia trágica y lo que señala la soledad de ser hombre, delimitando la existencia que nos pertenece y abandonándonos a "ese brillante espacio" donde "sobre casas de muertos vá mi sombra/ que me somete a su blando vaivén".

Seguro, y en el reposo del leve abandono, todo queda inconcluso y se sostiene el diálogo interior -el inquieto diálogo interior- cuando la profunda transformación del espíritu se advierte y la contemplación de la vida se muda en su reverso: la muerte y, próxima la soledad y el mar como testigo constante, el poeta pregunta: "¿Sabes, falso cautivo de las fronteras, / golfo glotón de flojos enrejados, / sobre mis ojos, fúlgidos secretos/ qué cuerpo al fin me arrastra a su pereza, / qué frente aquí le inclina a tierra ósea? / Una centella piensa en mis ausentes".

Compañeras precisas, la soledad y la muerte, de nuestro vivir diario, se nos presentan lejanas pero detenidas en nuestro sentir:

la esencia de la finitud, al tiempo que la serenidad de liberarnos de nuestro lastre individual "Ebria de esencia al fin, la vida es vasta/ y la amargura es dulce, y claro el ánimo" se engarza en la verdad del anhelo ilimitado sin angustia.

Aún a pesar de esta angustia, del horror y de la lucidez, del absurdo y también del desánimo, aparece la conciencia, una y única: "Yo, solo yo, contengo tus temores. / Mi contricción, mis dudas, mis aprietos/ son el defecto de tu gran diamante" que nos hace afirmarnos, y nuestra reflexión nos guía por la avenida de aquella primitiva inocencia donde, transfigurados en los recodos de nuestra nadería, tocamos la decisión de ser nosotros mismos: "Pero en su noche, grávida de mármol/ un vago pueblo, entre raíces de árboles/ por tí se ha decidido lentamente".

Valery se cruza con la vida "Gritos, entre cosquillas, de muchachas, / ojos y dientes, párpados mojados..." significándola en su misma contradicción: "Seno amable que juega con el fuego/ Sangre que brilla en labios que se rinden, / últimos dones, dedos defensores..." para, recorriendo el difícil itinerario, concluir en la negación de las cosas que afirma: "Bajo tierra va todo y entra en juego" "Todo huye, bah. Porosa es mi presencia". Negación que incluye hasta la gloria, presentida por su alma de poeta, que en engaño se dá y en burla se resuelve: "Flaca inmortalidad dorada y negra, / Consoladora de laurel horrible, / Que en seno maternal cambias la muerte: / Bello el embuste y el ardid piadoso. / ¡Quien no sabe y no huye de ese cráneo/ Vacío, de esa risa sempiterna".

Y, llegando al final, tengo la impresión de que Valery acaba donde empieza: solo el tiempo distingue la diferencia que el espacio parece contradecir. El espacio siempre es el mismo: el mar. Está ante la nada que ahora, al final, lo es todo. Está ante el mar: "Sí, mar, gran mar de delirios dotada/ Piel de pantera y clámide calada/ Por tantos, tantos ídolos del sol, / Ebria de carne azul, hidra absoluta, / Que te muerdes la cola refulgente/ En un tumulto análogo al silencio.

BLANCA AUSIN